



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27. Madrid.

PEOR CADA DIA



Así no podemos seguir. Lo hemos dicho en artículos anteriores, y lo repetimos hoy con sobra de razón. Ni la Empresa actual de nuestra

Plaza de Toros, ni los lidiadores que tiene contratados, cumplen con sus deberes de la manera que hay derecho á exigirles, dados sus favorables antecedentes

Trajo á Madrid la Empresa sevillana que explota nuestro Circo, nombre y fama de entender el negocio; de manera que, procurándose la utilidad legítima que á su trabajo y capital corresponde, satisficiera las justas exigencias de la afición madrileña, harto escarmentada de ofrecimientos halagüenos y nunca realizados, que la hicieron anteriores empresarios; y á juzgar por lo que hasta ahora vamos viendo, en nada se han conocido las ventajas; antes bien, las deficiencias se han aumentado enormemente. Muestra de ello, si no hubiese otras en que reparar, es el ganado de poco precio que ha presentado en las corridas hasta ahora celebradas, en una de las cuales se ha dado el caso de tener precisión de retirar al corral dos de los seis toros anunciados. ¿Cómo hubiera recibido el público de la corte hace cuarenta años semejante abuso consentido más que tolerado por la autoridad presidencial? No hay que recordar hechos concretos; no hay que traer á cuenta aquellas corridas en que por mucho menor motivo, se cerraron todos los palcos de la Plaza vieja y estuvo suspendida largo rato la función, ni tampoco aquella en que el Conde de Vista Hermosa, entonces corregidor de Madrid, hizo salir al redondel, entre guardias de Orden público, no al representante de la Empresa, sino al mismísimo empresario, D. Antonio Palacios; basta sólo *hacer memoria* de aquel gobernador, cuyo nombre no se olvida, que lo mismo metía en cintura á las Empresas que á los toreros, á los contratistas de caballos, que á los monos sabios. Ni los empresarios se hubieran atrevido á presentar toros, no ya defectuosos, ni siquiera de mala facha, ni el público lo hubiera consentido, ni la autoridad tolerado

Pues viniendo á los toreros que ahora actúan en nuestra Plaza, fuerza es decir, que á pesar de

sus buenos antecedentes, están portándose en todo su trabajo de una manera deplorable. No parece sino que tienen marcado empeño en deslucirse y abandonarse á lo que salga. Nadie, desde los espadas á los picadores, y de los peones á los mozos del ruedo, está en su puesto, ni cumple con su obligación: todo es barullo: cada uno hace lo que mejor le parece y se entromete en lo que no le importa; móntanse y se desmontan los jinetes en el redondel según les place; estropean las reses pinchando en los bajos y acudiendo siempre al mismo agujero; y por si esto fuera poco, van á la suerte despacio y rodeados de media docena de mozos, que más parecen esbirros custodiando criminales que dependientes de Plaza necesarios. Corren los banderilleros de acá para allá sin orden ni concierto, desviando las reses de su natural inclinación; atropéllanse unos á otros en sus multiplicadas carreras, y cuando el toro, cansado y aburrido, se para y cuadra, entonces acuden á mansalva á clavar los palos como Dios les da á entender, que rara vez es con arreglo al arte, y salen despavoridos como alma que lleva el diablo, á tomar el capote para estorbar al matador en su faena. ¿Es todavía poco cuanto con exacta verdad acabamos de referir? Pues allá va el resto de lo que completa el cuadro.

Sin notoria injusticia, no podía decirse que la Empresa había contratado para matadores de primera fila á los que no mereciesen este nombre; que tanto Luis Mazzantini como Rafael Guerra, en tal concepto están considerados y marchan al frente de la torería. Con sus defectos y todas sus deficiencias — que no son pocas — hay que aceptarlos, porque no hay mejor género en la tienda, y si lo hay — Dios nos libre de ponerlo en duda — desde el momento en que entremos en comparaciones, á unos parecerá bueno lo que á otros malo, ó cuando más mediano; pero una vez aceptados, ¿han respondido dichos matadores á lo que de ellos había derecho á esperar? Que contesten por sí mismos puesta la mano en el pecho: que examinen á conciencia la labor que han ejecutado en el presente año en la Plaza de Madrid; que recuerden si en los quites han olvidado las vueltas y revueltas que retuercen las reses y las parten el espinazo; que digan si una vez sola han matado á ley, y con entera sujeción á las reglas del arte, algún toro de los lidiados; y si se atreven á afirmarlo ellos ó esos partidarios que adulándolos echan

á perder á los toreros, les preguntaremos: ¿han pasado de muleta á las reses *parando* los pies y sin abrirse de piernas? ¿No han perdido terreno frecuentemente viéndose toreados en vez de toréar? Mazzantini, que generalmente se va al volapié bien y por derecho, ¿ha arrancado siempre de cerca y sin salirse? ¿Ha herido alguna vez Guerrita sin sorpresa ó á tiro rápido, y, sobre todo, sin abrir desmesuradamente el compás? ¿Qué diablos les pasa á estos matadores, que no pueden tener juntos los pies ni un momento?

Mientras no corrijan tan capitales defectos; mientras no formen especial empeño en mejorar su toreo, la afición madrileña ha de considerarlos poco aptos para resucitar su pasión favorita, que va amortiguándose por momentos. Convénzase de que su trabajo es enteramente igual, si no peor, al que practicaron al lado de Lagartijo y Frascuelo, y que entonces, para segundo lugar, era muy aceptable, pero ahora, ocupando el puesto de primeros espadas, deja mucho que desear.

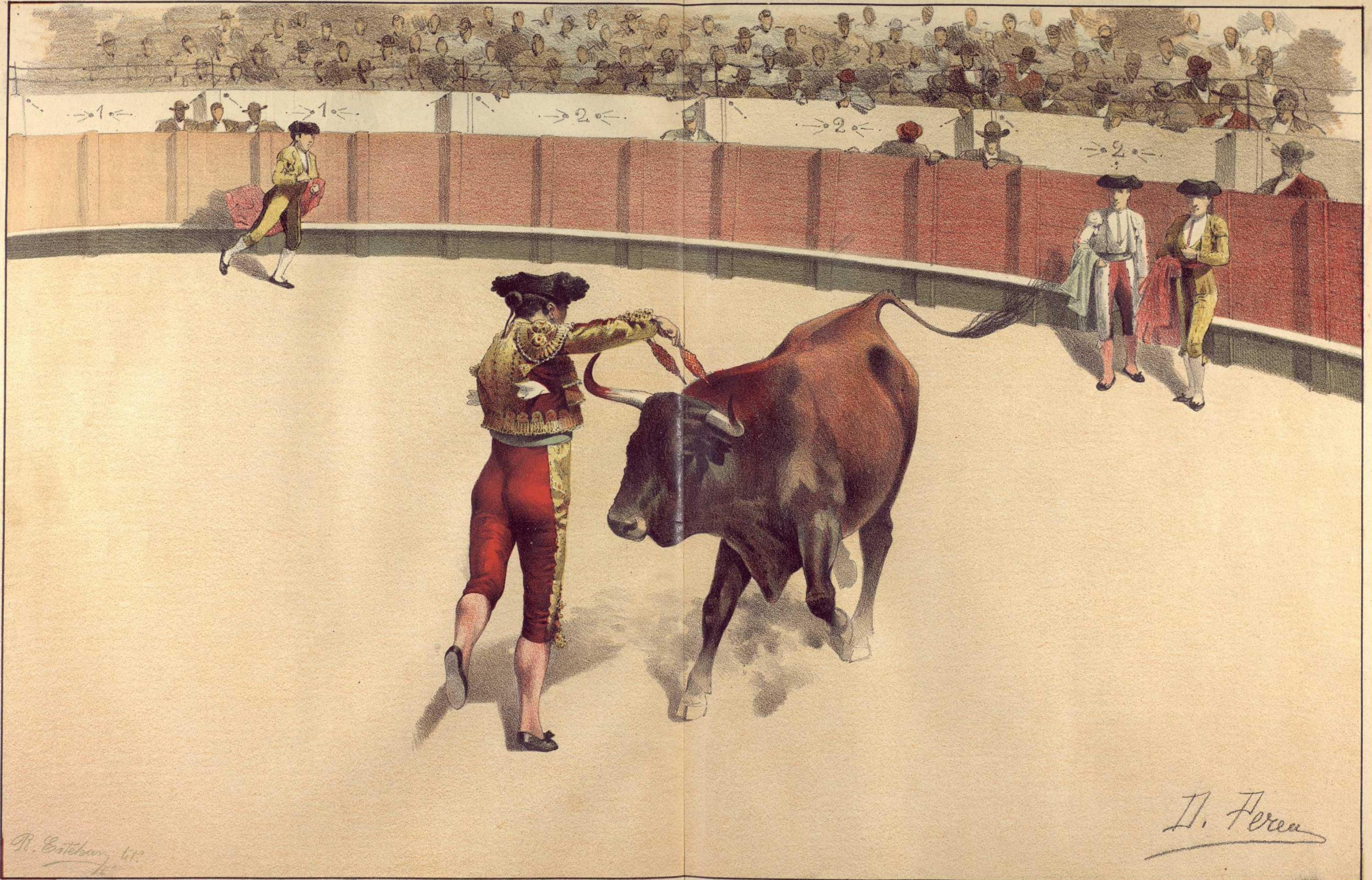
Así no podemos seguir. Precisa abandonar tan trillada senda y emprender otra mejorando. Hace tiempo que lo venimos diciendo, y no nos quieren oír. Peor para ellos, á quienes ha de ser triste recordar algún día que el arte del toreo sufrió en su época una de las peores etapas del presente siglo. No es suya toda la culpa, ya lo sabemos; que matadores de toros peores que ellos hay, y ha habido y probablemente habrá; es que han tenido desgracia al adquirir una herencia de gran valor, que no saben ó no quieren conservar, y que el público se empeña en que mejoren por fuerza. Mucho pedir es, á la verdad, y precisa tener gran voluntad para vencer el loco empeño del que, comparando, encuentra siempre mejor lo pasado que lo presente; por esa razón, los toreros actuales, los que han sustituido á los ídolos que se fueron, se hallan obligados á hacer lo que no han hecho aún en este año.

Así no podemos seguir.

J. SANCHEZ DE NEIRA.



LA LIDIA



R. Esteban lit.

D. Perca

NUESTRO DIBUJO

BANDERILLAS CORTAS

En relación al segundo tercio de la lidia, y dado el nivel que alcanza en estos momentos el arte taurino, las banderillas cortas son una *golleria*, como lo es, con relación al último tercio, la suerte de recibir, y al primero, la colocación de una puya en regla en todo lo alto del morrillo.

Y no es que se hayan acabado los toros nobles y boyantes, cualidad que se recomienda en las reses para banderillarlas en la forma indicada, sino que los mismos toreros han dado en la gracia de multiplicar las dificultades, y es ya procedimiento á diario el de tomar un sinnúmero de precauciones, perfectamente ridículas, y el de procurar, sin reparar en los medios, marear y descomponer á los bichos, para que aparezca justificada la deplorable apatía ó la supina ignorancia de nuestros más distinguidos banderilleros.

Las banderillas cortas, por regla general, se colocan al quiebro, con lo que se deja suponer que, para consumir la suerte, es necesario acercarse y parar bastante, y eso es precisamente lo que se va desterrando del toreo de nuestros días. Tal monotonía va adquiriendo éste al practicarse de una sola manera, y mal por añadidura, cada una de sus tres partes, que si Dios no lo remedia, aquello que hasta ahora nos había proporcionado entretenimiento varonil y grato solaz, será dentro de poco una manera de aburrirse como otra cualquiera.

No hablemos del Gordito, Lagartijo, Cara-ancha y Chicorro, que años atrás parecían con banderillas cortas ó de á cuarta, con un primor y una elegancia que han quedado como proverbiales.

Aun los mismos peones, en su más modesta categoría, solían de cuando en cuando imitar el ejemplo de sus maestros, llevando á la lidia esos adornos que el público ve siempre con tanto agrado y recompensa tan pródigamente. Pero hoy las cosas han variado: la gente bonachona y sencilla, rara es la tarde que no pide á los maestros que pongan sus correspondientes palitos; ninguna ocasión como ella para salir de la abrumadora vulgaridad del cuarteo ó de la media vuelta, y, sin embargo, el espada sale del paso como el último de sus muchachos, y no es difícil que aquella parte de la concurrencia tenga que arrepentirse de su demanda.

¿Cómo, pues, van á meterse los discípulos en ciertos dibujos, si los profesores los tienen eliminados del programa? Harto harán con que las banderillas ordinarias, de cerca de un metro de longitud, les parezcan todavía de pequeñas dimensiones; y después de correr la Plaza de extremo á extremo cuarenta ó cincuenta veces, se acerquen á la *fiera*, á carrera tendida, como caballos desbocados, y alargando los brazos aun á riesgo de dislocárselos, suelten los rehiletos sin cuidarse si agarrarán en las orejas ó en las costillas del cornúpeto, ó quedarán artísticamente colocados en el suelo....

Que la suerte de parear con banderillas cortas es de mucho efecto y lucimiento, como todas las de adorno, no hay que dudarlo; así como también es seguro, que si continúa en el abandono en que la tienen, habrá que incluirla sin tardanza entre las caídas en desuso, y referirse á ella como recuerdo.

M. DEL T. Y H.

EL SEÑORITO LOCO

I



El salón inmerso del café Imperial rebosaba concurrencia, especialmente en el trozo ocupado por la torería, que entonces tenía su cuartel general en aquel establecimiento, y en el sitio que hoy ocupan las elegantes tiendas señaladas con los números 1 y 3 de la Carrera de San Jerónimo.

Allí, alrededor de las mesas cercanas á las vidrieras, se destacaban entre otras muchas, las figuras de algunos celebrados diestros que ya han desaparecido de las listas de la buena afición taurina, por fallecimiento unos, por retirada otros.

Los incomparables Pablo Herraiz y Victoriano Recatero; el infeliz Hurón; el insustituible Fras-cuelo, é infinitos más de los que no es posible hacer memoria, allí concurrían á diario para hablar de toros especialmente, en la amable compañía de buenísimos é inteligentes aficionados.

II

Era una noche fría, de las más frías del invierno, y en la tertulia taurina la concurrencia era numerosa.

Hablábase con calor de los accidentes ocurridos en la última función taurina, y vino á recaer la conversación sobre un individuo que desde hacía poco tiempo toreaba los lunes en los famosos Cam-

pos Elíseos, saliendo á revolcón por suerte y á bronca por exhibición.

El individuo en cuestión había logrado que en él se fijasen las miradas, más que por nada por compasión; pues para las lides taurinas no tenía absolutamente ninguna condición ni rudimento alguno, á pesar de lo cual su empeño era ser matador, comenzando por lo último la difícil carrera taurina.

Tales pretensiones unidas al porte y maneras del novel torero, hicieron caer sobre él los más punzantes epigramas y las burlas más sangrientas, sin que desmayara su empeño en luchar por la realización de su pensamiento, lo que dió lugar á que le bautizaran con el distintivo de *El Señorito loco*.

En la tertulia estaban divididas las opiniones; y mientras algunos auguraban al *loco* felicidades y popularidad futuras, otros se lo negaban todo, haciendo hincapié en que el trajín de los toros requiere naturalezas de hierro y no seres débiles, repletos de ciencia, sí, y de maneras distinguidísimas que de nada sirven ante los *moritos*.

Decididos los más á jugar al *Señorito* una mala pasada que diese al traste para siempre con sus aficiones, se pensó en él para que matase un toro en un pueblo cercano á Madrid, el día de la fiesta del pueblo de referencia, célebre por el ganado vacuno que cría, de difícil lidia generalmente.

Un afamado matador, autor de la proposición, por ser uno de los que menos creían que el *loco* pudiese llegar al pináculo de la torería, quedó encargado de comprometerle tan pronto como le viese.

—Precisamente ahí le tienes—dijo uno de los tertulianos señalando á una de las vidrieras, á través de la cual se veía al individuo en cuestión, que, con infinitos chicos y grandes, contemplaba al célebre matador de referencia.

—Llámale.

El Señorito loco, advirtiéndole que le llamaban, penetró en el café, y todo medroso, se acercó á la tertulia creyendo morirse de placer cuando le dirigió la palabra el maestro para decirle:

—¿Usted tendrá inconveniente en matar un toro en Colmenar Viejo el día de la función?

—Ninguno.

—¿Contamos, pues, con usted?

—Sí, señor. Incondicionalmente; y quedo agradecidísimo á tal favor.

—Pues no hay más que hablar. Quedamos en ello.

Lleno de gozo salió del café *El Señorito loco*, y mientras los de la tertulia reían grandemente considerando lo que el toro podría hacer con aquel silbante delgaducho y largo, éste sentía latir con fuerza su corazón bajo el mísero *chaquet*, ¡y quién sabe si aquella noche, reposando en su pobre cama, soñó que le habían aclamado hasta los mismos que de él se burlaban!

III

Llegó el día de la fiesta.

Llegó también el instante de dar muerte al toro, anciano respetable elegido entre los más viejos con la sana idea de que reventase al *Señorito loco*, y éste apareció con estoque y muleta.

Dió muy pocos pases, y una vez cuadrado aquel torazo, lió el silbante el trapo, se enderezó majestuosamente, y con la perfección de un maestro consumado, clavó en el morrillo el estoque hasta esconder la empuñadura.

El animal cayó muerto instantáneamente, y comenzó una delirante ovación tributada á la serenidad, maestría y arrojo del principiante.

—¿Qué tal *El Señorito loco*?—preguntaban al día siguiente en el café al gran torero.

—*El Señorito loco*?—respondió.—*El Señorito loco* va á hacer andar de cabeza á muchos toreros. Y si no, al tiempo.

IV

La profecía ó el anuncio del maestro, se cumplió. Al poco tiempo las Empresas se disputaban al *Señorito loco*, á Luis Mazzantini.

EL BARQUERO

Toros en Madrid

5.^a CORRIDA DE ABONO.—30 DE ABRIL DE 1893.

Conque vamos escribiendo en uno ó en otro tono, lentamente, y vamos á la par, viendo cómo se pasa el abono dulcemente.

Tan dulcemente, que ya estamos en la 6.^a, como quien dice, y apenas si acabamos de empezar.

Mientras Mazzantini se traslada á exponer prácticamente el estado actual del arte á los canarios (sin pluma), aquí quedan para distraernos Guerrita, ya casi un veterano, y los jóvenes Bonarillo y Reverte, encargados de lidiar el ganado del Excmo. Sr. D. Eduardo Ibarra, dispuesto para la 5.^a de abono. Á las cuatro y media dió principio la *cosa*.

1.^o *Tariféño*; negro listón, bragado, terciadito, bien criado y gacho de cuerna. Flojito en varas, aceptó siete á cambio de dos tantarantanes y un par de jamelgos. Los maestros se adornaron en quites. Sin dificultad para banderillas, Almendro cuarteó dos pares: bueno el primero y desigual el otro, y Antonio Guerra, cumplió con uno en igual forma, caído. Guerrita, con traje color corinto y oro, arregló al toro con 12 pases de todas clases y siete medios, intercaldando entre ellos un pinchazo sin soltar, queriendo esperar; una estocada á volapié, algo atravesada, y un descabello á la segunda.

2.^o *Vicioso*; negro listón, bragado, fino, grande y bien colocado. Bonarillo lo lancea con cuatro verónicas, una ñavarra y un farol, muy por lo mediano. Algo reservón en el primer tercio, pero cumpliendo, tomó nueve puyazos, causó tres descendimientos y mató tres caballos. Incierto en palos, el Nene, según oi, cuarteó dos pares, bueno el primero y delantero el segundo; y Lobito mayor uno de frente, también delantero. Bonarillo, de verde y oro, previos tres pases naturales y dos con la derecha, clavó una estocada á volapié perpendicular é ida, de la que se echó el toro, que estuvo bueno para la suerte.

3.^o *Lagarto*; castaño albardado, ensillado, pequeño y abierto de astas. Con mucha voluntad pero falto de poder, se arrimó ocho veces á los de tanda, derribándolos dos. Rodas salió por delante y clavó un par de frente, superior de verdad, dejando luego medio en igual forma; y Moyano entró con uno también de frente, desigual, y otro aprovechando, muy bueno. (Ovación). Reverte, vistiendo de color café y oro, pasó de muleta con gran abundancia, y señaló bien un pinchazo en las tablas, con desarme, terminando con una estocada á volapié en corto, sobrada, pero con tendencias.

4.^o *Escarabajo*; negro bragado, fino, buen mozo y apretado de cuerna. Guerra le paró los pies con dos verónicas, buenas. Recargando, tomó seis puyazos, incrustó en cuatro ocasiones á los piqueros en la arena y deshizo un clavileño. Antonio Guerra cuarteó un par bueno y tiró malamente medio, y Almendro, también cuarteando, colocó bastante aceptablemente el suyo, revolviéndose el bicho en la suerte. Con facultades llegó á la muerte, contrarrestando Guerrita con algunos oportunos pases, y aprovechando para meterse al volapié, dejando una estocada superior, con desarme.

5.^o *Pelegrino*; cárdeno muy obscuro, bragado, grande, buen mozo y corniapretado. Bonarillo lo lancea, saliendo con apuro. Blando al hierro, topó siete veces, desmontando una al de la garrocha. Muy quedado estaba para el segundo tercio que desempeñaron los matadores de este modo: Reverte, un par al cambio, que resultó caído; Bonarillo, otro al cuarteo, delantero, después de dos salidas falsas; y Guerrita, dos medios, al cuarteo y de frente, después de jugar y correr mucho con el toro, brindando la faena á unas entusiastas extranjeras que ocupaban contrabarrera del tendido nueve. Huído para el final, Bonarillo lo trabajó con la correspondiente pesadez, sin que hubiese lucimiento en los numerosos pases, y le hizo doblar mediante un pinchazo en hueso, á paso de banderillas, otro lo mismo y media á volapié en las tablas. El matador le había quitado la divisa en un recorte con mucha limpieza.

6.^o *Urón*, según la ortografía de la Empresa; según la Gramática, *Hurón*: negro zaino, largo, bien criado y caído de pitones. Con voluntad hizo la pelea en varas tomando ocho, por tres costaladas y dos caballos. Incierto en palos, el Cuco lo pareó á medias con tres medios, y Curriche con uno de sobaquillo malo, y otro que resultó bueno por casualidad. Y Reverte, perdida la cuenta de los telonazos, porque el toro huía, le acarició á lo vivo con un pinchazo en hueso á volapié, un metisaca saliendo perseguido, media perpendicular caída, otra media delantera y un bajonazo.

RESUMEN

Casi queda hecho con lo expuesto; pero diremos, sin embargo, dos palabras para juzgar en conjunto.

Los toros, aunque bien presentados todos, desiguales de cuerpo, pues los había buenos mozos y pequeños, dominando, no obstante, los primeros. La misma desigualdad para la lidia, sin sobresalir ninguno, y constituyendo una de las corridas más flojas del Sr. Ibarra.

Guerrita hizo una buena faena, y con conocimiento de causa en el primero, particularmente para levantarle la cabeza. No debió intentar esperarlo, por lo aplomado. En el cuarto muy oportuno para sujetarlo. Hiriendo, superior, y en la brega con muchos deseos de trabajar.

Bonarillo algo embarullado en el segundo; nada de particular con muleta ni estoque. Pesado en el quinto por culpa de la res, y bien en quites.

Reverte tranquilo, aunque sin ceñirse mucho en la faena del tercero, y entrando muy bien la segunda vez. Falto de recursos en el último; bien con la capa y muy bien con las banderillas, porque el toro no se prestaba al cambio.

De los banderilleros, Rodas, cuyo primer par, midiendo los terrenos y acostándose en la cuna, fué monumental; y de los picadores, ninguno.

La tarde al fin fué sin gotas, relámpagos, ni tronada; y la entrada.... pues la entrada, para ponerse las botas.

D. CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios. — Arenal, 27. Madrid. Teléfono 133.